

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.— En la Península: Un mes, 1 pta.— En el Extranjero: Tres meses, 8'50 id.— La subscripción se cobra desde 1.º y 16 de cada mes.— No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.— Administración, Mayor 18.

Condiciones.— El pago se hará siempre adelantado y en metálico, en las oficinas de la imprenta. — Paris, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon P. Jones, 31 Faubourg Montmartre. — New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.— La correspondencia al Administrador.

Cooperativas de consumo

VI
¿Cómo se procederá al reparto de los beneficios resultantes en la cooperativa—en el supuesto de que el sistema adoptado para la venta los haga posibles?

Semestral ó anualmente se hará en ella un balance, y las ganancias líquidas se distribuirán entre los consumidores, en proporción á la cuantía de sus compras. En esta solución estriba el éxito obtenido por todas las cooperativas del mundo; antes de que *Los peones de Rochdale*, idearan semejante distribución, los beneficios se aplicaban á fines colectivos, comunes; y ha sido con el incentivo del interés privado como se ha conseguido incluir en el movimiento cooperativo á las grandes masas obreras.

Para saber la parte proporcional de beneficios correspondiente á cada consumidor, es necesario saber con precisión y claridad la cuantía de sus adquisiciones. Para ello bastará con proveerlos de cupones, tickets, expresivos del importe de cada compra, ó bien de un cuaderno sellado por la sociedad, en el que se inscriba cada operación.

El reparto de beneficios debe hacerse en dinero. Las sociedades belgas, sin embargo, lo hacen en *bonos cangeables* por mercancía. Este sistema tiene la ventaja de que el socio no puede gastar fuera del almacén cooperativo, y de este modo la cifra de venta de la sociedad aumenta cada año con el importe de los beneficios del anterior.

Pero en cambio ni desde el punto de vista económico ni desde el punto de vista moral es recomendable; lo primero porque obliga al socio á aumentar sus gastos para utilizar los bonos; lo segundo porque renuncia en provecho de las cooperativas los procedimientos de los economatos patronales y de los comerciantes que distribuyen bonos cangeables por mercancías de sus establecimientos; en una palabra, porque restringe la libertad de emplear el dinero donde mejor parezca, y la cooperación no debe implicar una tutela sino que debe ser para exclusión de la libertad.

La importancia de los beneficios á

repartir, depende de múltiples causas, como son la buena administración, la exactitud de los socios en servirse únicamente del almacén social, realizando sus compras sólo en él, la mayor ó menor variedad de artículos que en la cooperativa se expendan—pues á medida que se aumente el surtido aumentará la posibilidad de servirse exclusivamente de ella;—la mayor ó menor competencia que se le haga, el fin que la sociedad se proponga, pues como ya dijimos, si se trata de abaratar las subsistencias todo lo posible, los beneficios serán escasos ó nulos, y si se trata de fomentar el ahorro entre las clases pobres—y está probado que en Cartagena las cajas de ahorro tienen éxito—los beneficios á repartir podrán ser crecidos.

La existencia de beneficios, se relaciona con otro aspecto del problema. La mayor parte de los obreros no podrán adquirir acciones, por reducido que sea el precio de las mismas: pues en este caso se inscriben las acciones á su nombre, cobrándole la décima parte de su valor, y la nueve décimas restantes pueden ir pagándolas con la acumulación de los dividendos activos correspondientes. Así se hace en ciertas sociedades alemanas.

Obsérvese de paso que este procedimiento de ahorro es más fácil que todos los demás: ahorro, generalmente, supone abstinencia, privación de gasto. Aquí por el contrario cuando se satisfacen necesidades, cuando se consume, se ahorra. Esto es lo que llaman los economistas *el ahorro por el gasto*.

Al margen de una sociedad cooperativa de consumo, pueden surgir instituciones cuyos resultados son incalculables. Los beneficios obtenidos por los cooperantes pueden invertirse en seguros contra la enfermedad, contra la vejez, contra el paro forzoso, etc., etcétera.

Pero es necesario estar, para todo esto, animado de un espíritu amplio, prescindir de todo localismo político, darse cuenta, en fin, de que sólo mediante una labor positiva, útil, solidaria, se afirma y se dignifica nuestra personalidad.

El invierno del amor

Está la tierra cubierta de doradas capas de hielo; ni un ave remonta el vuelo por la campiña desierta; ocultan su azul el cielo

y el sol su luz argentada tras el nuboso horizonte; y en blancos copos caujada ha cubierto la nevada huerta y prado, valle y monte.

En el paisaje sombrío, mientras la tarde declina, honda silencio domina, todo en tristeza y en frío y el murmurar en el río la cristalina corriente ni se escucha el impetuoso ruido con que la cascada va cayendo despeñada en el fondo del torrente.

Desde el vagón en que el tren me lleva en rápido viaje, contemplando el paisaje triste que mis ojos ven, pienso que el alma también tiene su invierno de azar en que muere, por su daño, todo ensueño halagador entre el frío del dolor y el hielo del desengaño.

Que el desolador hastio apaga su corazón el fuego de la pasión con la nieve del desvío, y que es loco desvarío y engañadora quimera volar con la primavera de un amor febril y eterno, porque llega traicionera su muerte con el invierno.

Emilio Catarineu.

Consignitas

El Bloque es militar. Militar de tropa.

Por eso, uno, es Soldado del Bloque; otro, Ranchero del Bloque, etcétera.

Y por las señas debe haber, Cantinera del Bloque.

Sólo que todavía no se ha dado á luz del todo.

Pero todo se andará.

Y se dedicará á aumentar las huestes bloquistas.

¡A fuerza de... propaganda!

Y en ese poderoso ejército bloquista, todo se hace imitando á las fuerzas regulares.

Aunque el Bloque sea de lo más irregular, que se ha conocido.

Y tiene infantería de línea... de puntos.

Caballerías. Y... ¡un cañón!

Y todos hemos admirado el otro día,

el artefacto que poseen y que pone pavor en el ánimo mejor templado.

¡Un cañón!
¿Y quién es el arrojado artillero encargado de destruir todo lo existente?
¡Otro artefacto por el estilo!
¡Un vaso!

Desmayos, síncope, ataques de nervios, risa sardónica, y... la carcajada general.

Todos esos *fiaros males* fué sembrando á su paso la terrible alegoría que se exhibió el domingo.

Un vaso que se presume que va á disparar un cañón.

Dos chirimboles alegóricos.

¡Es mucho similitud!

Pues en esa parodia de ejército, que tiene tantas y terribles cosas, existe la consigna.

Y la cumplen fielmente.

El jefe dice, por ejemplo, *háy que rascarse*.

Y todos á una se despellejan, como si tuviesen el *pica-pica*.

Y eso se repite con mucha frecuencia.

Porque hay cosas que *pican-pican*.

¡Y... pican y pican!

Cuando se aproximaba el Conde de Romanones á Cartagena se dió la consigna.

Y "La Tierra", que es el Boletín Oficial del conglomerado, publicó la orden del día.

"A tener formalidad que el Conde no vea como somos": una cosa así querían decir aquellos artículos planificados, en los que se decía, que no se podía creer que el Conde hiciese nupa al Sr. García Vaso y al Sr. Carrión.

Y hacían presente que eran buenos chicos y que se habían cometido alguna falta, a propósito de sus pocos años.

Y la consigna se cumplió.

Hasta que pasó el peligro.

¡Qué susto pasó el desparador!

Ahora hay otra consigna.

Consiste en mostrar alegría, porque el Conde no ha *decapitado* al señor García Vaso ni ha *destilado* al señor Carrión.

Y todos baten palmas, se dan dos pataitas, y mueven jacarandosamente su cuerpo, por el triunfo conseguido.

Paradisimular su fracaso.

Porque saben que á D. A. A., no tenía por qué *destituirlo* el Conde.

PRIMER ANIVERSARIO
LA SEÑORA
D.ª Concepción Vicedo Cañizares
Falleció el día 25 de Febrero de 1910
Las misas que se celebren el día 25 del actual, de 8 á 10 de la mañana, en el altar de la Purísima Concepción de la Iglesia de la Caridad, serán aplicadas en sufragio de su alma.

Se destituye el solo
Y al Sr. García Vaso no le podía decapitar.
Porque perdió la cabeza hace tiempo!

Pero sigue la consigna para animar á su gente.

Y dan pruebas de disciplina, á prueba de disciplinas.

Basta que el jefe se asome al balcón ("La Tierra") y diga como en "El Rey que rabió":

"que reflejen vuestros rostros la alegría nacional"

para que todos los bloquistas estén como si les hiciesen constantemente cosquillas.

Riendo y riendo.

¡Y haciendo reír á los demás!

En su optimismo, hoy cuenta el número de liberales que visitaron al conde.

Y hace esa cuenta por el mismo sistema que las cuentas que presentó en el Circo.

Y resulta que el conde vió diez y siete liberales y medio.

Menos mal, que vió á algunos.

Sólo var. avisar al Sr. García Vaso con todos sus amigos, hubiese salido perdiendo el conde.

¡No hubiese visto ni un liberal!

Pidiendo trabajo

Madrid 22-9 m

Llegaron el alcalde y el médico de Calceña (Aragón), representando á todo el pueblo.

Viene á pedir trabajo y protección del Gobierno, pues caso contrario la miseria les obligará á emigrar en masa.

Estuvieron en el ministerio de Fomento, saliendo satisfechos de la acogida de Gasset.
Este les ha prometido trabajo y recursos.

Campo neutral Juventud antibloquista

¡Ya era hora!

Ya era hora que la juventud despertara de su sueño de excepcionalismo. Muchas veces he trabajado en ese sentido y en verdad que había perdido la esperanza de que la juventud hiciera nada práctico. Pero ante la evidencia, ante el movimiento tan grande que la juventud cartagenera se ha impuesto, no hay más que rendirse y abrir los ojos á la esperanza más consoladora.

Soy sincero y no puedo mentir, no puedo desfigurar los hechos. He sido bloquista y entusiasta; si en los tiempos en que abrigaba los deseos de una regeneración hecha por el bloque, y que yo creía ciegos, hubiese visto esta sociedad, habría creído obra del cacique, de Antón ó de Maestre, pero hoy que estoy desengañado del Bloque, hoy que puedo afirmar que es una farsa, veo á esta Juventud Antibloquista, como causa noble, redentora, que tiene todas mis simpatías.

Y lo que más me hace concebir óptimos frutos de esta entidad, es la misión perfecta, la convivencia fraternal de ricos y pobres, de burgueses (según Chantilly, cuando lo inspira su bigote) y de obreros. Y esto que no es frecuente, me hace concebir la idea de que el pueblo, por lo menos el joven, es apto para su redención.

De todas maneras, yo he visto en la

nueva, en que me había arrojado mi casamiento con el general, el volver á mi sociedad antigua, á mis verdaderas relaciones de familia, y á tomar por esposo á un buen hidalgo, cuyo nombre hiciese olvidar que yo me había llamado la señora de Durand, nombre muy honroso, sin duda, añadió el marqués, pero de nuestra reputación barto reciente. Yo debía buscar en torno mío un hombre de antigua prosapia, ni muy viejo ni muy joven, que conservase todavía las maneras de la antigua corte, y hasta me preguntó si yo sentiría alguna repugnancia en llegar á ser Marquesa.

—¡Soberbia diplomacia por el diablo!—murmuró Verteuil.

—Ya lo creo—dijo la condesa riendo—cada vez fué apretando más... ¡Ah! olví daba á mí... preciso es que confiese... aquello me divertía infinitamente, y yo le animé algún tanto.

—Es claro: quien dice mujer dice coqueta.

—¡Bravo!—prosiguió la de Durand—concluyó por inclinarse galantemente á mis pies, me declaró sus ardores, y me hizo demanda formal de matrimonio en toda regla.

—Y entonces, ¿qué le habéis respondido? Por supuesto, habéis rehusado.

—Nada de eso. Esas cosas no se rehusan jamás. Se aplazan.

—¡Ah! ¡Magnífico!

—He aplazado al marqués. Le he pedido tiempo... una ó dos semanas de reflexión... hasta la

—En ese caso, le daría á alguno que yo es designaría.

El comandante fijó sobre la condesa una mirada interrogante, que parecía querer escudriñar el más hondo pensamiento de la joven.

—Condesa—le dijo,—no me ocultéis nada?

—¿Quién, yo?...—exclamó con cierto rubor.

—¿No guardaríais algún nuevo secreto?

—Tal vez...—respondió—pero hace demasiado tiempo, amigo, y las confianzas se dicen á la claridad de la luna. Volved más tarde... veremos entonces.

Y de repente la frente risueña de la condesa pareció volverse sombría.

Páase seria y triste, y dijo á Verteuil:

—Acabo de mostraros el lado divertido de nuestra estancia en Montmorin; pero aún no os he hecho mención del lado terrible.

—¿Decís que...—protrumpió el comandante asombrado.

—Sabed, pues—continuó siempre inquieta,—que voy á encontrarme aquí frente á frente de un hombre que debe odiarme con todas las potencias de su alma.

—¡Vaya, pues!—protrumpió Verteuil—¿perdéis el juicio, señora?

—No, en verdad; escuchad y juzgaréis.

Apoyóse en el brazo del comandante con ese sentimiento de la debilidad que des cansa en la fuerza, y obedeciendo á esa singular movilidad de impresiones, que hace pasar á las mujeres de

ferencia de edad, no veía inconveniente alguno á nuestra unión. Sólo pedia una condición.

—¡Una condición! ¡Vaya en gracia!

—¡Oh! Una bagatela: yo haría uso de mi crédito con el Emperador, á fin de hacerle entrar en la magistratura.

El comandante se pasmaba de risa.

—¿Y le habéis igualmente aplazado?—preguntó.

—Sin duda, como al marqués. Se ha separado de mí lleno de esperanza.

—¿Y habéis visto después á vuestro futuro esposo?

—No; pero su padre me ha anunciado que el mozo se creía autorizado á hacerme la corte.

—¡Vaya!—murmuró Verteuil con algo de gesto.—Entrad en el mundo, marqués y Anacaris no tendremos un solo instante de libertad. ¡Estáis loca, condesa!

—No tal, amigo, me divierto. Y hay para qué. Hasta los de Franquetépe, buscando obstinadamente el diamante... todo esto me interesa profundamente, más de lo que podríais figuraros. Pero á propósito del diamante—dijo interumpiéndose—¿por qué no le buscamos también nosotros?

—¡Beh! ¿Y acaso existe el diamante?

—Sin duda alguna, y soy de parecer de buscarle igualmente.

—¿Y si yo, que soy heredero, le encontrara?—protrumpió Verteuil.